

RIENZI,

EL ÚLTIMO TRIBUNO.

Permaneció en aquella postura largo espacio absorta en fervientes plegarias al cielo, alzóse por último pálida como un cadáver, pero tranquila; acercóse á la ventana, y la brisa de la tarde secó las lágrimas de sus mejillas: ante su vista se ostentaba sombría y gigantesca la torre en que Rienzi yacía cautivo. Contemplóla por mucho tiempo la dama romana, y volviendo á cerrar la ventana sacó de su pecho un puñal, y dijo:

—Salvaré su gloria á todo trance, y este me librá del deshonor.

CAPÍTULO III.

La señora y el paje.

TRES horas antes de la media noche, Albornoz, volviendo á tomar su papel de galán, envió á la señora Cesarini el billete siguiente: «Vuestras órdenes están ejecutadas: Rienzi será examinado; bueno es que esté preparado. Quizá conviene á vuestro designio acerca del cual tengo tan pocas luces, parecer á los ojos de un prisionero, como sois en efecto, la causa de este favor. ¿Veis basta qué punto un noble corazón puede calificar á otro? Os envío por el portador una orden de admisión para uno de vuestros criados en el calabozo del preso. Encargaos, si lo deseais, del cuidado de anunciarle la nueva crisis de su destino. ¡Ah, señora! Ojalá la fortuna me fuera favorable y me concediese un abogado semejante. Tus labios han de pronunciar mi sentencia.»

Acabada esta epístola, Albornoz hizo llamar á su criado de confianza, un gentilhomme español, que no creía derogar en nada su nobleza, llenando cuantas comisiones le confiara el cardenal.

Alvarez, dijo su Eminencia; esto debe ser remitido á la señora Cesarini, pero no por tus manos. A tí no te conocen en su casa. Ves á la cárcel de Estado, presenta esta orden al gobernador y te recibirá; observa qué persona será admitida al lado del preso Cola di Rienzi, sabe su nombre, examina de dónde viene; sé penetrante y sutil. Haz por saber cual es el motivo porque la Cesarini se interesa por el preso: todo lo que puedas saber de ella, de su nacimiento, de su fortuna, será utilísimo indudablemente. ¿Me entiendes? Esto es demasiado; una palabra aun. Tú no tienes ninguna misión mia, ninguna relación conmigo: eres un oficial de la pasión y del papa; lo que quieras. Dame el rosario; enciende la lámpara delante del crucifijo; coloca este cilicio bajo estos brazos. Di á Gomez que haga entrar al predicador dominico. ¡Estos monjes tienen un celo! decía el cardenal entre sí mientras Alvarez se retiraba despues de haber ejecutado sus órdenes. Por un pasaje de la Biblia, segun ellos, mal interpretado, quemarian á un hombre sin misericordia.

Así, sepultado en la contemplación de un porvenir brillante, esta alma altanera olvidaba el objeto de su pasión. Pasada cierta edad, los hombres entregados á la actividad de los negocios públicos, pueden amar toda la vida; pero para ellos el amor es sin duda como pasajero mientras forman su ocupación principal los cuidados del gran mundo.

La señora Cesarini estaba sola cuando recibió al mensajero del cardenal; bien pronto le envió algunas líneas en que el reconocimiento parecía haber destruido todas las defensas en que el orgullo impasible se encerraba habitualmente, pues hizo llamar al paje Angelo.

El cuarto estaba oscurecido por las sombras crecientes de la noche, cuando el jóven entró no descubriendo sino imperfectamente el bello talle de la dama; pero en el tono de su voz advirtió que estaba profundamente ajitada.

Angelo, dijo, Angelo; y no pudo continuar; se detuvo como para tomar aliento, y prosiguió de esta suerte: vos solo me habeis servido fielmente; vos solo habeis participado de nuestra huida, de nuestras correrías errantes, de nuestro destierro, vos solo sabeis mi decreto; vos sois el solo romano que me ha seguido: romano este en otro tiempo, un grande nombre, Angelo; si ahora está degradado es porque el carácter de aquellos que le llevan han degenerado antes. Son ligeros, activos, feroces, pero viles; vehementes en sus promesas, mas de fé corrompida. Sois romano y á pesar de vuestra lealtad experimentada, vuestro nacimiento me hace temer la falsedad.

Señora, dijo el papa; yo era un niño cuando fui admitido á vuestro servicio, y estoy todavia en los límites de la adolescencia pero á pesar de mis pocos años desafiara la lanza, del mas terrible caballero, del aventurero mas feroz; para mantener la fé de Angelo, ni para con su señora y su tierra natal.

¡Ah! dijo la princesa con amargura, tales han sido las palabras de mil y mil de tu raza. ¿Cruelles han sido sus acciones? mas quiero confiarme á tí como lo

he hecho siempre, sé que estás sediento de honores que tiene la ambición noble y brillante de la juventud.

Soy huérfano y bastardo dijo Angelo vivamente y las circunstancias son un aijon para mi tengo necesidad de un nombre.

Y lo alcanzarás; viviremos para recompensarte. Entretanto sí pronto trae aquí tus vestidos de paje. Capa, tocado, espada. Corre, y silencio; cuidado con decir á nadie nada de lo que te he preguntado.

CAPÍTULO IV.

El habitante de la torre.

VANZABA la noche lentamente, y en la habitación mas alta de aquella oscura y antigua torre que se alzaba frente al palacio de la Cesarini estaba sentado un solitario prisionero. Una sola lámpara ardia ante él, colocada sobre una mesa de piedra, y sus rayos alumbraban una Biblia abierta, y las graves, pero fantásticas leyendas de las proezas de la antigua Roma, elevadas á la dignidad de la historia por el genio de Tito Livio. Una cadena fija en la bóveda sujetaba al cautivo, pero dejaba á sus miembros bastante libertad para medir la mayor parte de su celda. Las anchas piedras de las paredes verdes y húmedas formaban á poca mayor altura que un hombre una pequeña abertura, y por aquel resquicio penetraba la luna, proyectando en el suelo figuras prolongadas. Un lecho situado en un rincón completaba el mueblaje de la habitación. morada hacia muchos meses del vencedor de los mas bravos señores, del magnífico dictador de la primera ciudad del mundo.

Los pesares, los viajes y el tiempo habian producido su cambio ordinario en la persona de Rienzi, habiendo tomado las proporciones de su talla la estension que caracteriza la última mitad de la edad viril, y cubriéndose la clara palidez de sus mejillas con un colorido brillante y engañoso. Entregado á la sazón al estudio, á pesar de la profunda atención que parecia poner, y el interés que debía inspirar aquella clase de lectura á su espíritu entusiasta hasta el fanatismo, no podia fijar sus ojos sobre las páginas con la misma atención que en otro tiempo. De rato en rato se levantaba, volvíase á sentar, murmuraba palabras entrecortadas como hombre acosado por un sueño penoso; unas veces alzaba los ojos, otras los dirijia á su alrededor, y el fuego extraño que brotaba con un brillo súbito y pasajero de aquellos grandes ojos hubiera inspirado al espectador un temor vago ó implacable.

Angelo habia contado en globo y con exactitud las aventuras de Rienzi despues de su caída. Al principio pasó á Nápoles con Nina y el paje, habiéndole dispensado un engañoso y corto favor Luis, rey de Hungría. Sin embargo, esto monarca, digno de elojio á pesar de su rudeza, habia reusado entregar su ilustre huésped Clemente VI, pero habia declarado francamente la incapacidad en que se hallaba de darle un asilo seguro. Conservando siempre secretas comunicaciones con sus partidarios de Roma, buscó el fugitivo un refugio en la ermita oculta en los solitarios y apartados montes de Mayella. Allí pasó cerca de un año solo y entregado á la meditación, esceto el tiempo que empleó en su visita á Florencia. Aprovechándose del jubileo, vistióse de peregrino, atravesó los valles, las montañas enriquecidas con las melancólicas ruinas de la antigua Roma, y al entrar en esta ciudad despertóse su espíritu activo y ambicioso, intentando nuevas, pero vanas conspiraciones. Escornulgado segunda vez por el cardenal de Ceccano, y obligada á huir, sacudió el polvo de sus pies, salió de la ciudad, y levantando la mano házia esos muros en que aun se ven vestigios de los Tarquinos, exclamó: «Oh, Roma, Roma! honrado como tu príncipe y perseguido como tu víctima, todavia me has de recibir como vencedor!»

Siempre disfrazado de peregrino, atravesó la Italia hasta llegar á la corte del emperador Carlos donde fue su recepción tal como la ha descrito el paje, que sin duda la presenció. Con todo, acaso la conducta del emperador no fue tan caballerosa como aparece de la relación de Angelo, no estando averiguado si este príncipe no entregó á Rienzi á los emisarios del papa. Sea lo que fuere el camino desde Praga á Avignon, fue un triunfo para el tribuno caído, porque los años que habian corrido, sus extrañas aventuras, su indomable valor, los desórdenes de Roma luego que dejó de ser gobernada por inflexible justicia, el poder nuevo de la inteligencia que cada dia adquiria mayor estension entre la generación naciente, la elocuencia del Petrarca y la natural simpatía del vulgo hácia la grandeza derribada, todo conspiraba á hacer de Rienzi el héroe del siglo. Ni una de las ciudades que cruzó hubiese reusado un sitio por defenderle, ni una casa siquiera le hubiese negado un asilo, ninguna mano se hubiera mostrada perezosa en levantarse en favor suyo; pero rehusando todas las ofertas de asilios, desdeñando las ocasiones de poder escaparse, inspirado por su inalterable esperanza y su obstinada creencia en los definitivos y brillantes sucesos que le estaban destinados, el tribuno buscaba en Aviñon una vindicación y... encontró un calabozol.

(Continuará).

(Continuacion.)

La moda hace crisis en estos dias, y con dificultad se encuentra un elegante legítimo entre el inmenso gentío que invade los templos, especialmente á la parte exterior, sin que en esto haya susceptibilidad de ningun género, pues claro es que si son muchos los que entran en la iglesia, siempre serán mas los que entran y salen, por pocos que sean estos últimos. Esa cuadrilla de fatuos, que yendo en pos de la imitación ridícula, equivocaron de seguro el camino de la gloria, tiene que suspender por hoy sus hostilidades, convencidos de que no han lugar las palabritas de *Lion y Dandy*, cuando las mugeres van hechas unas *currutacas* y los hombres unos *paquí tes*. De nada sirve que hoy dia se use el fra sin capucha, las mangas sin pliegues, y los pantalones sin travillas, si cree don Braulio que las costumbres francesas van acabando con la religion de España, y está convencido ademas de que el sastré que le viste á él y á sus hijos es francés, ó discípulo cuando menos de algun gabacho.—A Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César, dice el buen Señor, para reducir á su hijo el *romántico* á que se corte las melenas y se ponga el *fraque negro*, si ha de ir con él á andar las estaciones. Con esta última circunstancia no transige D. Braulio, y su hijo tiene que inocular el pelo, ponerse un traje negro con chaleco blanco y una chorrera á lo *Moratin*.... El frac no entalla al cuerpo porque no fué tal la intencion del sastré, ni cuando se hizo se daban esas cuchilladas en el paño, que para las gentes del siglo pasado es un desacato de á folio. Y esto no es de estrañar, porque antiguamente las prendas de ropa se hacían *usque ad quartam generationem*, y era preciso que al deshacer los *fraques* para endosarlos al primogénito no resultasen hechos tiras. Dichosas mangas, y dichosos cuellos! De las primeras, sin los pliegues, se harían hoy dos levitas; los segundos, con armazon y todo, sirven para respaldo de la butaca mas cumplida.

Una vez sumido don Braulio en el collarín del frac, ya está terminado su tocador y puede salir á la calle cuando mejor le cuadre. Ni guantes de castor amarillo, ni pañuelo blanco de batista, ni un rosario de huesos de aceituna, ni na alinohadilla de raso azul llena de espliego para agrodillarse en la iglesia, ni un librito para visitar las estaciones, nada falta en los bolsillos de frac, porque todo eso lo dejó allí mi hombre el sábado santo del año anterior, último dia que llevó el referido traje negro una peseta en cuartos para echar limosna en las bandejas de las iglesias, es la única que le haría falta si el miércoles por la noche no se lo hubiese advertido al criado, que al volver de la compra el jueves desempeñó cumplidamente su comisión.

Este es el primer dia, tal vez, que don Braulio se separa de su cara mitad, para salir á la calle; pero la ceremonia exige que el padre lleve consigo á los varones y la madre á las hembras, preciso es resignarse. Basquiña negra, pañolito blanco bordado, abanico de marfil con relumbrones, ridículo negro, guante blanco y mantilla negra es el traje de mamá. Las niñas, ya se sabe: *drulette* morada, ridículo, idem, mantilla de encaje si es posible, pero blanca, aunque pareza amarilla y huelga á membrillo, que todo eso consiste en los años que lleva de cofre; guante blanco hasta el codo, y un rosario de nacar engarzado en oro, cuyas cuentas, si no ha dado de sí la cabretilla del guante, ya saben el sitio que ocuparon el año anterior.

No todas las gentes que acuden á las iglesias en esos dias, llevan el ceremonial tan á punta de lanza, como la familia de don Braulio: pero muchos hay que hacen lo mismo, poco mas ó menos, y la prueba es que si los químicos quisieran analizar el aire atmosférico en las calles de Madrid en Jueves Santo, no sé yo cómo determinarían cierto cuerpo extraño, que no es oxígeno ni hidrógeno.... yo le llamaria *poli-membrilloso*, por que la sal, que es la poilla, se une al ácido del membrillo, y forma un cuerpo diabólico, que tiene por base la costumbre de unos cuantos y dar por resultado la incomodidad de todos.

El uso de las sillas de mano se ha abolido casi del todo, antiguamente era un objeto de lujo, y la grandeza de Castilla ostentaba un tren de lacayos y de pajes suntuosos, las señoras solían marchar á pie, y la servidumbre iba detras llevando la silla como un mueble de respeto, para en el caso que las señoras quisiesen subir en ella. Hoy dia todos van *pé ibus andando*, y las damas del gran-sono, ricamente vestidas, suelen estar á la puerta de las iglesias pidiendo para las religiosas, y principalmente para los *niños de la Inclusa* y *niñas de la Paz*: costumbre piadosísima, pero muy fatal para el intelix que entra en la iglesia sin averiguar primero las relaciones de amistad que pueda tener con la recaudadora: porque esta, apenas le vea entrar, le ha de hacer un gesto muy cortés, que no llega, ni con mucho, á la accion de sacarle uno, dos ó tres duros del bolsi lo; pero que produce los mismos resultados. Al dia siguiente se lee en los periódicos que la senora duquesa de.... estaba en tal ó cual iglesia, y recojió 4,000 rs.; pero bien aventurados los que no saben el número de invitaciones y las sacudidas que la pobre senora dió á la bandeja de plata, para que los fiatróticos echasen oro. Ese dinero luce en los establecimientos de beneficencia, como la limosna espontánea, pero no es tan agradable á los ojos de Dios! lo se de buena tinta.

La reina da á los doce de ese dia una comida á doce pobres, los lava los pies, por sí misma, y los regala un vestido completo. Esa ceremonia lleva á palacio infinidad de curiosos; gente que siempre está oliendo donde guisan, y que nada perdona cuando solo cuesta molestar á los amigos para que les proporcionen una papeleta de convite. Esa casta es la misma que lee mucho, pero gratis, y que no existe á otros espectáculos que á las comedias de los teatros caseros. Hay varios establecimiento de beneficencia que dan comidas por ese mismo estilo y es cosa de ver á los curiosos, corriendo desatentados por las calles de Madrid, para ver la comida de los pobres de tal ó cual parroquia. Las calles no se desocupan de gente en todo el dia: pero la confusión se aumenta al anohecer, sin que se turbe nunca el silencio religioso, ni se escuche otro rumor que el susurro de las pisadas, siempre igual, y siempre continuo: ora le produzcan los colegiales que van visitando las estaciones en corporacion, ó la tropa que va á lo mismo y del mismo modo. Los ciegos suspenden por hoy sus canciones profanas, y como si Madrid eitublera constitucionamente hablando, en estado excepcional, no venden un romance ni una hoja volante siquiera. Limitanse á contar, todo lo mal que pueden, la pasion de nuestro Señor Jesucristo, y venden *a libritos para visitar los Santos sagrarios el jueves y viernes santo, las lágrimas de Judas, las siete palabras, los remordimientos de Pilatos y la negacion de San Pedro*.

La comida del jueves santo es la *noche buena* de la cuaresma; rica en pescados, *ávitos* como siempre (1) espléndida en potajes, abundantísima de ensaladas y única en su genero para hartarse de arroz con leche. Este plato hace los honores de la funcion y generalmente nadie gasta en el su dinero, excepto las monjas y los frailes, (*initio* que lo regalán á todos sus amigos con las armas del convento, dibujadas ahí por la canela que cubre la superficie. Si es cosa de monjas, puede tomarse sin escrúpulo porque el suyo es tal, que hasta la fuente esta vaciada por aquella chata y plana de la cigüena que dijo Samaniego; pero mas vale poco y bueno que mucho y malo, porque los frailes no hacían profesion de limpios, ni tenían fama de tales. Me acuerdo yo que siendo

muchacho, y no voy al tiempo de *Maricastaña*, me convidaron á comer en una csa, un dia de jueves santo, para que probase, ó comiese como chico goloso, una gran fuente de arroz con leche que habian regalado los frailes de no sé qué religion, y si la sé la callo, lo cierto que estaban haciendo platos, y no caballero, cuya golosina era mas poderosa que su educacion, empezó á escupir y á beber agua diciendo en voz alta.— No coman vds. ese arroz, porque hay unas puntitas negras y cerdosas que... pero no pudo acabar, porque en la garganta le picaban ya los cuerpos estraños del arroz, y se retiró á otra parte á dar cuenta de lo que habia comido en todo el dia y aun algo mas de de la vispera, segun dicen. Observamos con atencion la fuente, y estaba toda jaspeada de unas agujitas negras, que nadie se atrevió á examinar con detencion porque amagaba una realidad poco grata. Indagóse al dia siguiente el origen de aquel percame, y los frailes que habian comido del mismo arroz, sin pararse en *pelillos*, dijeron, que lo mas, lo mas, que podria ser, era que habian colocado la leche en el mismo paño donde se habia cortado el pelo el mozo de la cocina.

El lujo gastronómico de este dia se escusa con la meditacion de la cena que dió el Señor á sus apóstoles: á unos les sirve para comer bien para no comer mal, y á otros para prepararse á no tomar nada hasta el medio dia del sábado santo, que es lo que se llama *ayunar al traspaso*. A los que se esceden mucho en esa comida les sirve el ayuno como una dieta y nada mas. Todos estan en su derecho y no hay sino decirles: La fé te salve, que si te engañas para ti haces.

A las ocho de la noche hay *sermon de pasion* en todas las iglesias, que no lo han tenido á las cuatro de la tarde ó no lo dejan para el dia siguiente á las cinco de la mañana. No sé si esto se hace porque haya mas templos que predicadores; pero si es cierto que algunos misioneros hacen tres ediciones de su sermon un tanto aumentadas y corregidas, aunque en razon inversa de los libros, porque el primer sermon siempre es mas energético que los otros dos; el mas pálido suele ser el de la mañana.

Las figuras retóricas se acomodan al auditorio, ni mas ni menos que la entonacion del discurso. Antiguamente quedaban abiertas las iglesias toda la noche, y la compostura de la numerosa concurrencia que visitaba los monumentos en la alta noche, daba una entonacion verdaderamente sublime al religioso silencio que reina esos dias en el templo santo de Dios.

El viernes santo se cierran las iglesias apenas se concluyen los oficios, y no se abren hasta la mañana del sábado, no ser que tengan á las tres de la tarde la meditacion de las Siete Palabras, que dura tres horas, ó por la noche el sermon de Soledad.

Una gran parte del público se dirige á ver y adorar la cara de Dios, que está en la capilla del Principe Pio, plazuela de Aflijidos, Madrid, con licencia de los andaluces la tienen en Jaen, de los italianos que la veneran en Roma, de otros muchos que que dicen lo mismo y sobre todo de la que se arrojó al mar para calmar una tempestad. Tres eran, tres las caras de Dios, si una fué al mar... quedan en dos. La cuenta no escapa, y aqui no hay partida *doble* que valga; pero no por eso deja de ser menos grande ese afan con que los pueblos se disputan la posesion de tan venerable reliquia. La cara de Dios de Madrid y la de Roma, no son dos para los que saben que el principe Pio la robó en Roma, que el Papa le escomulgó, mandándole por único medio de alcanzar el perdon, que fundase una capilla con doce sacerdotes perpetuos. Asi lo hizo y la capilla como no se ha vendido á tierra nunca, existe aun; pero los sacerdotes dieron en irse muriendo y los sucesores de la casa del principe Pio, no han tenido á bien reponerlos

(Concluirá.)

EL DESAFIO DEL DIABLO

Y

UN TESTIGO DE BRONCE,

por

DON JOSE ZORRILLA.

Bajo estos dos títulos ha reunido este fecundo escritor en el volumen que se anuncia dos poéticas leyendas religiosas, cuya lectura se hace agradable por sus populares asuntos, por la riqueza de poesia prodigada en su narracion, y por la belleza tipográfica de la edicion en que salen á luz, de las prensas del señor Boix.

Un tomo que se vende á 24 reales rústica en la libreria de don Ignacio Boix, calle de Carretas, núm. 8

LA RESURRECCION DE UN HOMBRE,

POR

D. MIGUEL TENORIO.

Recomiendan altamente este bello poema la pura dición poética en él empleada por su joven y estudioso autor: sus ricas y brillantes descripciones, y sobre todo el objeto profundamente filosófico que se propone desenvolver en la narracion de su fabula, llevándola á cabo con exquisita precision, elegante jiro y desusada novedad.

Un tomo que se vende á 8 rs. en rústica en la libreria de D. Ignacio Boix, calle de Carretas, núm. 8.

TEATROS.

DE LA CRUZ.

Mañana Domingo se dará principio á la presente temporada con la aplaudida ópera en tres actos del maestro Donizzetti titulada: ROBERTO DEBEREUX.

DEL PRINCIPE.

Mañana domidgo, á las ocho de la noche, se ejecutará la comedia en tres actos, titulada: EL HEROE POR FUERZA. Intermedio de baile nacional. Terminará el espectáculo con un divertido sainete.

DEL CIRCO.

Funcion para mañana domingo, á las ocho de la noche: I LOMBARDI, ópera en tres actos.

Editor y Redactor principal, JUAN PEREZ CALVO.

IMPRESA DE BOIX, calle de Carretas, núm. 8.

(1) El limon es infalible como desinfecante.